

Marco Negrón

[marconegron@msn.com](mailto:marconegron@msn.com)

## **Ciudades latinoamericanas: ayer**

Hacia los años sesenta y setenta del siglo pasado nadie apostaba por las ciudades latinoamericanas: todos coincidían en reconocer el que era su lamentable presente y pronosticarle un peor futuro. Víctor Luis Urquidi, un destacado pensador mexicano de prestigio continental, veía en ellas el embrión de una futura “no-ciudad” o “la ciudad permanentemente subdesarrollada”; desde posiciones más a la izquierda, el sociólogo catalán Manuel Castells las definía como “grandes concentraciones de población sin desarrollo equivalente de la capacidad productiva” (nótese que no habla de *ciudades* sino de *concentraciones de población*); los venezolanos Luis Lander y Julio César Funes aseguraban que “los problemas producidos por la urbanización se exacerbarán en el futuro” destacando entre ellos el desempleo y el subempleo, que es por lo menos dudoso que puedan atribuirse a la urbanización.

Estas visiones, ciertamente pesimistas, no eran del todo gratuitas: aunque la receta que se prescribió fue la de tratar de frenar tanto como fuera posible el crecimiento de las ciudades limitando la oferta de bienes urbanos, en las cuatro décadas que van de principios de los 50 a principios de los 90 la población urbana de Brasil, el mayor país del continente, creció en promedio 2,3 millones de habitantes por año; Venezuela, con un población diez veces menor, debió atender un promedio de 330 mil nuevos habitantes urbanos por año. El remedio se reveló peor que la enfermedad: en lugar de frenar el crecimiento de las ciudades, lo que se logró fue incrementar la urbanización marginal.

Además de su desequilibrada distribución, un problema crucial era el bajo nivel del ingreso en esas sociedades -en los mejores casos tres veces menos que en las sociedades más desarrolladas- y las dificultades estructurales para expandirlo. Para algunos la única solución posible era la transformación revolucionaria y la socialización de la propiedad, empezando por el suelo urbano. El patético fracaso del “experimento” cubano después de medio siglo de ingentes sacrificios de la población es la más contundente refutación de esa hipótesis.

Urbanistas más razonables plantearon como solución la producción de bienes urbanos con costos más adaptados a los bajos ingresos de las mayorías urbanas del continente, pero a primera vista esto parecía un instrumento que, si bien podía paliar su menguada existencia, no hacía sino introducir nuevos elementos de inequidad: mientras unos se desplazaban por autopistas en rápidos y cómodos automóviles otros sufrían los dilatados itinerarios y las incomodidades de humeantes buses destartados; unos asistían a bien equipados colegios privados mientras otros frecuentaban escuelas públicas sin equipamiento, alojadas en edificaciones precarias o improvisadas. Parecía en fin que tenían razón los pesimistas augurios de los sesenta y que nuestro futuro era “la ciudad permanentemente subdesarrollada”. Como se verá en un próximo artículo, afortunadamente no fue así.